

---

## Maestros que dejaron huella

María Catalina Josefina González Pérez

Maestra en Investigación de la Educación. Docente en el Instituto Superior de Ciencias de la Educación, División Académica Ecatepec. [cepauled@gmail.com](mailto:cepauled@gmail.com)

En los rincones de la memoria, recuerdos a veces nebulosos, claros u oscuros no vienen al presente tan seguido. He de decir que, entre aquellas remembranzas que dejaron huella, que están vivas por su entretreído con la propia historia, no por ser las únicas, sino por su significado, son las que ahora comparto.

Cuando regreso a mis primeros años de vida, recuerdo cuando mi tía Simona me llevaba a su escuela, donde trabajaba como maestra de educación primaria, con un grupo numeroso en un salón con bancas binarias, un pizarrón verde, en el que escribía con gises blancos y de colores. Tenía un escritorio lleno de libros, cuadernos, lápices, una silla y un armario de madera repleto de materiales. Las paredes lucían letreros, dibujos hechos por ella misma y por sus alumnos.

Me sentaba en una de las bancas de enfrente con alguna niña con quien me encargaba y desde ahí miraba cómo explicaba, cantaba, contaba cuentos, leía en voz alta, ponía algo en el pizarrón y pasaba a alguien a hacer lo que ella le indicaba. Podía ver al conjunto de niñas y niños poniendo atención, respondiendo a coro algo que les preguntaba, escribiendo en sus cuadernos, platicando entre ellos, mientras tomaba lectura o les calificaba. A veces les escribía con letra manuscrita muy bonita en sus cuadernos. En esas visitas que me causaban fascinación, empecé con la idea de seguir los pasos de mi tía y me vi a futuro como maestra. Ella, sin duda, fue mi primera inspiración para transitar mis etapas escolares con esa idea en mente.

En los periodos vacacionales en casa de los abuelos paternos, los libros de mi tía me llamaban la atención; desde la colección Tesoro de la juventud hasta los textos del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, que en los años sesenta le permitieron obtener su título

---

como maestra, pues había iniciado a trabajar en Tlacotepec después de la primaria. Posteriormente, en los ochenta en la UPN Puebla, estudió la licenciatura y platicaba sus andanzas para acreditar las materias con la ilusión de contar con un concepto que sumaría a su sueldo. Además, en la casa organizaba cursos de verano que, hasta hace pocos años, aún tenía alumnos que la buscaban e incluso, hijos de sus alumnos que la conocían.

En noviembre de 2024, falleció. Llegaron muchas personas a despedirla, entre ellas un taxista, maestro jubilado, que al pasar frente a la casa se enteró. Con lágrimas en los ojos miraba el féretro y me acerqué para que me contara cuándo había sido su alumno. Recordaba lo exigente y duro carácter que tenía para mantener la disciplina de los chiquillos y cómo apoyaba a los más pobres que no tenían ni para el cuaderno o el lápiz; la paciencia para enseñar a quien le costaba trabajo; los desfiles que organizaba con toda la escuela; los concursos de oratoria, los juegos de volibol, entre tantas actividades. También dijo recordar que la maestra llevaba a una niña a veces con ella, pero no podía ser su hija por la edad y en el tiempo que él estudió. Era yo.

Al sepelio llegó un señor de más de 60 años, fue su ahijado cuando salió de sexto grado. Nos mostró fotos y su notable contrariedad al despedirse de su maestra. Adiós a quien nos ofreció lecciones de vida.

Durante mis estudios de primaria en turno vespertino, mis maestros y maestras eran muy buenos para enseñar; la maestra Delia, con su paciencia y método onomatopéyico, pedía leer en coro textos del libro de primer año (los de la Patria). Cuando entré a la escuela, ya sabía leer porque mi madre me enseñó con el silabario de San Miguel, por lo que no tuve dificultades. Mi maestra Mode (Modesta), ya de la tercera edad, me enseñó a bailar *El rascapetate* para el Día de las Madres; la maestra Conchita, joven y guapa, me apoyó en la práctica de la lectura; el maestro José Luis, con las clases de Geografía de México; el maestro Nelson, en quinto y sexto, nos exigía aprender bien las operaciones básicas porque en la secundaria Matemáticas era materia muy difícil. De ellos, no volví a saber. Del director, el maestro Vicente Mojica Cuevas, originario de Guerrero, con su silbato y su fuerte carácter, un

---

día me preguntó qué pensaba estudiar. Le dije que para maestra, ante lo cual me respondió que debería estudiar mucho para lograrlo y, como la escuela estaba frente a mi casa, cuando me veía, me pedía informarle cómo iba. Cuando ingresé a la Normal, me felicitó y, muy orgulloso, asistió a mi graduación. Le admiraba su firmeza, disciplina y compromiso para que los chicos cursaran una buena escuela y siguieran sus estudios y si no podían, que tuvieran lo necesario para salir adelante. Un día llegó la noticia de que había sido asesinado en su casa, frente a su familia. No supimos los motivos. Adiós a un gran director.

En la secundaria y en la Normal tuve muy buenos maestros y maestras, y otros no tanto. De pronto, en algunas situaciones recuerdo algo que aprendí en Biología, Química, Historia, Literatura, Matemáticas, Inglés o Física; sin duda mis maestras de Geografía, Pilar y Martha Cienfuegos, me impregnaron el interés por esta asignatura, que posteriormente estudié en la Normal Superior. Creo que les habría gustado saberlo.

En la Normal aprendí la responsabilidad, la ética de la profesión, de psicología, de didáctica y otros saberes clave para la profesión, con docentes exigentes.

Durante la especialidad de geografía, fui discípula del maestro Jaime Humberto Graniel Graniel. Para mí, fue uno de los maestros que me dejó enormes enseñanzas en lo personal y en lo académico. Tuve la fortuna de convivir con su familia y de integrarme a un equipo de trabajo bajo su liderazgo. Al terminar el primer año, me invitó al grupo de adjuntos para el curso intensivo del verano. En las clases de geología le tenía miedo porque pensé que era un gruñón de mal carácter y, como no le entendía de rocas afaníticas y faneríticas, afallamientos, sinclinales, detritos, intersticios, me compré libros de geología en La Lagunilla para estudiar y prepararme para las prácticas de campo, porque éstas eran en serio, con equipo para el efecto que adquirimos, como botas, sleeping, tienda de campaña, lámparas, rompevientos rojos, martillos. Aprendí a manejar cartografía temática, observar las formas del relieve y analizar la orogenia y el tectonismo, los tipos de rocas, los procesos de desertización, la teoría de la deriva continental, que por esos años en ese tema solo había textos especializados en

---

inglés, hasta que Conacyt publicó un espléndido libro. Estuve a cargo de la estación meteorológica de la escuela que formaba parte de la red del Sistema Meteorológico Nacional, para lo que aprendí la lectura de los instrumentos y reportar a diario a Tacubaya. Aprendí bajo su orientación a organizar las prácticas de campo, las rutas y las paradas de trabajo, en las que varias veces me dejó dirigir sin avisarme. Nos enseñó a observar el cielo nocturno e identificar planetas, estrellas y constelaciones. Lo acompañé a prácticas que eran de otros grupos y de inmediato me ponía a trabajar, no sin antes preguntar si tenía permiso de mi papá, quien estaba afuera vigilante. Aprendí que era tan importante participar en la naciente corriente democrática del magisterio (CNTE) como estudiar a fondo la materia, porque pronto estaríamos frente a grupo en las secundarias. A la fecha trato de participar en los Congresos Nacionales de Geografía y otros eventos académicos a los que nos llevaba, primero como asistentes y luego con ponencia, pues había que contribuir en los avances de la disciplina y plantarnos junto con especialistas de primer nivel. Con orgullo expreso que el maestro Graniel fue mi mentor en la especialidad y cambió mi vida. Lamento mucho su partida porque me han hecho mucha falta sus charlas sobre temas geográficos o sus expediciones; también escuchar sus consejos para emprender proyectos, sus razones para defender la geografía como materia de estudio en educación básica y en la formación docente; echo de menos su guía para seguir rutas y caminar en el terreno. ¡Ánimo, geógrafos! La geografía se hace con los pies...

Maestros que no puedo olvidar por su alto compromiso con la educación y la sociedad de este país fueron para mí Ramiro Reyes Esparza y Rosa María Zúñiga Rodríguez, cofundadores de la *Revista Cero en Conducta* de Educación y Cambio, A. C. Desde que los conocí, mi tema de trabajo académico ha sido la formación docente, sin dejar de lado las prácticas y contextos de las escuelas. En los inicios de los 90 incorporaron el estudio de la subjetividad en los procesos formativos y la perspectiva psicoanalítica. Con el profe Ramiro participé en una investigación sobre la formación inicial, empleando historias de vida. Fueron maestros ejemplares, participaron en su juventud en el Movimiento Estudiantil del 68 y en la izquierda mexicana. Cobijaron a estu-

---

diantes normalistas como a sus hijos; su trato personal y académico, así como sus enseñanzas, fueron inigualables. En un viaje a Ciudad Victoria, Tamaulipas, ambos perdieron la vida junto con un sobrino, en un fatal accidente automovilístico. Aún los extraño.

Hace un año, por el 15 de mayo, perdimos al profe Olac Fuentes Molinar. Como subsecretario de Educación Básica y Normal, impulsó un ambicioso proyecto educativo que incluyó nuevos planes y programas de educación básica, materiales de apoyo al trabajo docente, el diseño de licenciaturas de educación primaria, secundaria, preescolar y educación física; crear los centros de maestros y otros programas para apoyar a los maestros. Pertenecer a su equipo de trabajo fue un privilegio en una etapa de intenso aprendizaje; le agradezco enseñarme a mirar de otra manera la educación geográfica y su sentido en la escuela.

Mi gratitud a todos mis maestros y maestras, que estoy segura dejaron huella no solo en mí, sino en la historia del magisterio.